AVENTURAS Y DESVENTURAS MALICIAS Y AGUDEZAS DEL ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Lopez del Arco. Editor. - Madrid.

REFRANES

DE

SANCHO PANZA

AVENTURAS Y DESVENTURAS,

MALICIAS Y AGUDEZAS

DEL ESCUDERO DE DON QUIJOTE

SE HA PUESTO Á LA VENTA

Las mujeres del Quijote.

Un grueso volúmen de 272 páginas, 3 pesetas.

PÍDASE EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

REFRANES

DE

Sancho Panza.

AVENTURAS Y DESVENTURAS, MALICIAS Y AGUDEZAS DEL ESCUDERO DE DON QUIJOTE

MADRID
LOPEZ DEL ARCO, EDITOR
Don Ramón de la Cruz, 18.
1905

DOS PALABRAS

La figura de Sancho Panza completa la de Don Quijote. Del contraste resulta no sólo el seductor encanto de la obra, sino la encarnación de la lucha eterna entre el idealismo y el materialismo.

Cándido y malicioso, confiado y escéptico, leal y sufrido, la figura de Sancho merece atento estudio. Ninguno mejor que presentarlo en aquellas situaciones en que fué el verdadero protagonista.

Hemos comenzado por coleccionar sus refranes, aunque entre ellos se contienen algunos que Cervantes pone en labios de Don Quijote y Teresa Panza.

Después, creemos presentar la figura de Sancho en todo su relieve, con sus desven-

turas en la venta donde fué manteado, sus malicias en el encantamiento de Dulcinea y en casa de los duques y sus agudezas en el gobierno de la ínsula Barataria.

No hemos pretendido hacer un estudio de su carácter. Cuanto al *Quijote* se refiere está ya juzgado y glorificado por la conciencia universal. Hemos querido sólo que Sancho Panza aparezca tal como es. En el Centenario del *Quijote* no era posible olvidar al buen Sancho.

El Editor.

Refranes de Sancho Panza.

Quien busca el peligro, perece en él.

—

La codicia rompe el saco.

—

El bien que viniere, para todos sea, y el mal, para quien lo fuere á buscar.

—

Aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

—

Todo saldrá en la colada.

—

Ese te quiere bien, que te hace llorar.

—

Donde una puerta se cierra otra se abre.

—

No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza.

—

Más vale salto de mata que ruegos de hombres buenos.

—

Ruin sea quien por ruin se tiene.

—

Quien canta, sus males espanta.

—

Lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal.

—

Hacer bien á villanos es echar agua en el mar.

—

Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

—

No se ha de mentar la soga en casa del ahorcado.

—

Más vale pájaro en mano que buitre volando.

—

Quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoje no se venga.

—

Hay más mal en la aldehuela que se suena.

—

La rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino.

—

Donde reina la envidia no puede vivir la virtud.

—

No es la miel para la boca del asno.

—

Cuando te dieren la vaquilla corre con la soguilla.

—

Cuando viene el bien mételo en tu casa.

—

Al hijo de tu vecino límpiale las narices y mételo en tu casa.

—

El que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, no se debe quejar si le pasa.

—

Allá van reyes, do quieren leyes.

—

Quien te cubre te descubre.

—

Hablen cartas y callen barbas.

—

Quien destaja no baraja.

—

Más vale un toma que dos te daré.

—

El consejo de la mujer es muy poco, y el que no le toma es loco.

—

Tan presto se va el cordero como el carnero.

—

Sobre un huevo pone la gallina.

—

Muchos pocos hacen un mucho.

—

Mientras se gana algo no se pierde nada.

—

Si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas.

—

El pan comido, la compañía deshecha.

—

Más vale buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga.

—

Buen corazón quebranta mala ventura.

—

Donde no hay tocinos no hay estacas.

—

Donde no se piensa salta la liebre.

—

Dime con quién andas, decirte hé quién eres.

—

No con quien naces, sino con quien paces.

—

Los duelos con pan son menos.

—

La codicia rompe el saco.

—

Cuidados ajenos matan al asno.

—

En otras casas cuecen habas, y en la mía á calderadas.

—

Si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo.

—

Los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

—

Pues tenemos hogazas no busquemos tortas.

—

Tal suele venir por lana, que vuelve trasquilado.

—

Hombre apercibido, medio combatido.

—

Cada oveja con su pareja.

—

Dios, que da la llaga, da la medicina.

—

Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio.

—

Tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales.

—

Antes se toma el pulso al haber que al saber.

—

Un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado.

—

El buey suelto bien se lame.

—

En manos está el pandero que le sabrán bien tañer.

—

Menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador.

—

El mal ajeno de pelo cuelga.

—

Quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.

—

Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa.

—

Al buen pagador no le duelen prendas.

—

En casa llena, presto se guisa la cena.

—

Donde menos se piensa se levanta la liebre (1).

—

Cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere.

—

A buen salvo está el que repica.

—

Júntate á los buenos y serás uno de ellos.

—

Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

—

El que larga vida vive, mucho mal ha de pasar.

—

Por su mal le nacieron alas á la hormiga.

—

De noche todos los gatos son pardos.

—

Asaz desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado.

—

No hay estómago que sea un palmo mayor que otro.

—

(1) Hay otro refrán anterior análogo; pero en aquél dice: «donde no se piensa», y en éste: «donde menos»; en aquél: «salta la liebre», y en éste. «se levanta».

Las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero.

—

Más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia.

—

Al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero.

—

No ocupa más pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristán.

—

Detrás de la cruz está el diablo.

—

No es oro todo lo que reluce.

—

A quien cuece y amasa no le hurtes hogaza.

—

Más vale el buen nombre que las muchas riquezas.

—

Debajo de mala capa suele haber un buen bededor.

—

Aunque las calzo no las ensucio.

—

El buen gobernador, la pierna quebrada y en casa.

—

Más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga.

—

Tripas llevan á pies, que no pies á tripas.

—

Un asno cargado de oro, sube ligero por una montaña.

—

Dádivas quebrantan peñas.

—

A Dios rogando y con el mazo dando.

—

Pon lo tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.

—

La avaricia rompe el saco (1).

—

Al buen entendedor pocas palabras.

—

En la tardanza va el peligro.

—

Cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla (2).

(1) Hay otro análogo; pero en vez de «La avaricia», dice «La codicia».
(2) «Corras con la soguilla», dice en otro anterior.

En priesa me ves y doncellez me demandas.

—

El vino demasiado, ni guarda secreto ni cumple palabra.

—

El dar y el tener, seso ha menester.

—

La diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria.

—

A quien Dios quiere bien, la casa le sabe.

—

Las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo.

—

Hacéos miel y paparos han moscas.

—

Del hombre arraigado no te verás vengado.

—

Al buen callar llaman Sancho.

—

Entre dos muelas codales nunca pongas tus pulgares.

—

A idos de mi casa, y ¿qué queréis con mi mujer?, no hay responder.

—

Si da el cántaro en la piedra ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro.

—

El que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo.

—

Más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—

Mientras se duerme todos son iguales.

—

Tripas llevan corazón, que no corazón tripas (1)

—

Cuando Dios amanece, para todos amanece.

—

Hacéos de miel y comeros han moscas (2).

—

La doncella honrada, la pierna quebrada y en casa (3).

—

La mujer y la gallina, por andar se pierden aina.

—

La que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista.

—

(1) En otro anterior dice: «Tripas llevan á pies, etc.»

(2) Anteriormente, en el mismo refrán, dice: «paparos han moscas».

(3) Lo mismo dice en otro refrán del «gobernador».

Andeme yo caliente y ríase la gente.

—

Vióse el perro en bragas de cerro.

—

Tal el tiempo, tal el tiento.

—

Siempre es alabado más el hacer bien que mal.

—

Un palo compuesto no parece palo.

—

Bien se está San Pedro en Roma.

—

Nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana.

—

Cuando á Roma fueres, haz como vieres.

—

Lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.

—

Bien vengas mal si vienes solo.

—

El hombre pone y Dios dispone.

—

Dios sabe lo mejor y lo que está bien á cada uno.

—

Nadie diga desta agua no beberé.

—

Es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo.

—

Lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado.

—

Al enemigo que huye, hacerle la puente de plata.

—

Muera Marta y muera harta.

—

Hasta la muerte todo es vida.

—

Quien las sabe las tañe.

—

Tanto monta cortar como desatar.

—

Del dicho al hecho hay gran trecho.

—

Donde las dan las toman.

—

No siempre hay tocinos donde hay estacas (1).

—

Viva la gallina, aunque con su pepita.

—

(1) Análogo á otro anterior.

Hoy por ti y mañana por mí.

—

Cada uno es artífice de su ventura.

—

La culpa del asno no se ha de echar á la albarda.

—

Quitada la causa se quita el pecado.

—

Ojos que no ven, corazón que no quiebran.

—

Dijo la sartén á la caldera: quítate allá, ojinegra.

—

A mal viento va esta parva.

—

Todo el mal nos viene junto, como al perro los palos.

—

El abad, de donde canta yanta.

—

No se ganó Zamora en una hora.

—

El asno sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—

A dineros pagados, brazos quebrados.

—

Liebre huye, galgos la siguen.

—

En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño.

Aventuras y desventuras.

Aventura de los yangüeses.

DESVENTURAS DE SANCHO

Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha hierba que allí había, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieron tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que anduviera por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de hierba y agua, y aquel donde acertó á ha

llarse Don Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras hacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debían de tener más ganas de pacer que de él, recibiéronle con las herraduras y con los dientes de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban jadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea; dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quijote. Y sin ha-

cer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras, dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiera su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aún no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada, dijo: Señor Don Quijote, ¡ah, señor Don Quijote! ¿Qué quieres, Sancho hermano?, respondió Don Quijote con el mismo

tono afeminado y doliente que Sancho. Querría, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?, respondió Don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies?, replicó Sancho Panza.

. . . . . .

Yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento; jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel

desdichado caballero andante, había de venir por la posta, y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que han descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas ente sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino?, sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: Señor ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

Quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas; que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses

que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano en mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo donde ahora yazgo, y á donde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate desto, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió don Quijote,

que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él también caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo don Quijote; dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algún castillo, donde sea curado de mis feridas. Y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre uu muy hermoso asno. Verdad será que él debía de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay gran diferencia de ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual, respondió don Quijote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan; así que, Panza, amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te

agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oído decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo don Quijote, cuando no pueden más ó cuando están enamorados; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí sería el diablo, dijo Sancho, y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros, y ciento veinte pesetes y y reniegos de quien allí le había traído, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día; levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á don Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real, y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no

hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguación con toda su recua.

Desventuras en la venta.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió, y estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decía, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vió que la moza forcejeaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan te-

rrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo á rabo. El lecho, que era un poco endeble y no de firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó y encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelea. La moza viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿A dónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin sa-

ber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero á la lumbre del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando á Don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario; lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, qne ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así, como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á obscuras, dábanse tan sin compasión todos á bulto, que á doquiera que ponían la mano, no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta, un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á obscuras en el aposento, diciendo: Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad, y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en

su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: Favor á la justicia; pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los dos desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban.

. . . . . .

. . . . . .

Había ya vuelto en este tiempo de su paroxismo Don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho? ¡Qué tengo de dormir, pesia á mí!, respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta

noche. Puédeslo creer así, sin duda, respondió Don Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado.

Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo que en verdad que creo que lo he bien de menester ahora, porque se va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á obscuras donde estaba el ventero.

El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaba en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero hizo grata donación; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta Pater-nosters y

otras tantas Ave-Marías, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendición; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual, mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio, podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca canti-

dad. Concedióselo Don Quijote, y él tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso, que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así Don Quijote, le dijo: Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho; sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaban que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó

como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener.

Manteamiento de Sancho.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dijo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías.

El ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen; sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

. . . . . .

Vois sois un sandio y mal hostelero, respondió

Don Quijote. Y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual, dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la mesma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que le cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instiga-

dos y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenía por límite el cielo, y puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así, desde encima del caballo, comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á

Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gabán, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo para ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará; ves, aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que del bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: ¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí; y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante y rogó á Maritornes que se lo trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena vo-

luntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto, se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía, mas Sancho no las echó menos según salió turbado.

Malicias y agudezas de Sancho Panza.

CÓMO ENCANTÓ Á DULCINEA

Así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero y se dignase de echarle su bendición para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acontecimientos y dificultosas empresas. Encargóse

Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho, y ensanche vuesa merced, señor mío, ese coranzoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y también se dice: donde no se piensa salta la liebre; dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y Don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con

Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor, que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No, por cierto. Pues, ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien; ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas viniesen y os moliesen las

costillas á puros palos y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado y que «mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non.»

No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consienten cosquillas de nadie. ¡Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura! ¡Oxte, puto! alla darás, rayo; no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno, y más que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: Ahora bien; todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: Dime con quién andas, decirte he quién eres, y el otro de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces

toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere; quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura para hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde para dar lugar á que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque

más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quijote le vió, le dijo: ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

Dese modo, replicó Don Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas vienen á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo?, dijo Don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa, nuestra ama, vestida y adornada, en fin,

como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocados de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver. Hacaneas querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho, hijo, respondió Don Quijote, en albricias destas tan no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieran las tres yeguas mías, que tú sabes que andan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crías me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres

labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad?, respondió; ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas que aquí vienen, resplandecientes como el sol á medio día?

Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llamen, blancas como el ampo de la nieve, le aparezcan á vuestra merced borricos? Vive el señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; á lo menos, á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho; no diga la tal palabra, sino despabile sus ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca; y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, é hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero

vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado *caballero de la Triste Figura*. A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubriese en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: Apártense, nora en tal, del camino, y déjennos pasar que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: ¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la columna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual, otra de las dos dijo: Mas yo, que te estrego, burra de mi suegro, mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas

como ellos; vayan su camino y déjennos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Toma que mi abuelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apártense y déjenme ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijón que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra, lo cual visto por Don Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que también vino á la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantadora señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas

de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano: el arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento, y así era verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose á Sancho le dijo: Sancho, ¿qué te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores!

¡Oh, canalla!, gritó á esta sazón Sancho; ¡oh, encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mal hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en

malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermorura, á la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete ú ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo. A este lunar, dijo Don Quijote, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado de donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote, porque ninguna cosa puso la Naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa, ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino, según es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso,

Sancho!, dijo Don Quijote; ahora torno á decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado.

Sancho Panza en casa de los Duques.

Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con su sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquélla una gran señora que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así, dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el *Caballero de los Leones*, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en

cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare; y mira, Sancho, cómo hablas, y ten en cuenta de no encajar ningún refrán de los tuyos en tu embajada.

Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho; ¡á mí con eso! sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas y en casa llena, presto se guisa la cena; quiero decir que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote; ve en buen hora, y Dios te guíe. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza; este tal *Caballero de los Leones*, que no ha mucho se llamaba el *de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza

sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantáos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantáos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho enhorabuena á servirse de mí y del duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.

Levantóse Sancho admirado, así de la fermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el *Caballero de la Triste Figura;* y que si no le había llamado *el de los Leones,* debía de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo título aún no se sabe): Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda im-

presa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea, del Toboso? El mismo es señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna; quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera. Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía.

En esto llegó Don Quijote, alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pie en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle; antes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo,

pensando que ya Sancho había llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado Sancho, que aún todavía tenía el pie en la corma.

El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote maltrecho de la caída, y renqueando y como pudo, fué á hincar las rodillas ante los señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera; antes apeándose de su caballo, fué á abrazar á Don Quijote.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante, y subiendo en él Don Quijote, y el duque en un hermoso caballo pusieron á la duquesa en medio, y encamináronse al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho; entretejióse entre los tres, é hizo un cuarto en la conversación, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasión por la melena en esto de regalarse cada y cuando que se ofrecía.

Sancho, desamparando al rucio, se cosió á la duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento sólo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la duquesa había salido, y con voz baja le dijo: Señora González, ó cómo es su gracia de vuesa merced. Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña; ¿qué es lo que mandáis, hermano? A lo que respondió Sancho: Querría que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío; vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala, para vos y para quien aquí os trujo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no

estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote, cuando de Bretaña vino: «Que damas curaban dél, y dueñas de su rocín;» y que en el particular de mi asno, que no lo trocara yo con el rocín de Lanzarote. Hermano, si sois juglar, respondió la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podéis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera; si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la duquesa, y volviendo el rostro y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había. Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo, por buen término, me ha llamado vieja. Esto

tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, más que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho, le dijo: Advertid, Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por la autoridad y por la usanza, que por los años.

Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona más caritativa que á la señora Rodríguez. Don Quijote, que todo lo oía, dijo: ¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara allí hablara. A lo que dijo el duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona.

. . . . . .

Convidó el duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él la rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el

duque y la duquesa á los dos lados. A todo esto estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo, acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: No tema vuesa merced. señor mío, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo ne te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas

manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.

Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mí, Sancho, un punto; quiérole yo mucho porque es muy discreto. Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor Don Quijote se halló en ella, donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso.

Hasta ahora, dijo el eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad; pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino

de no acabar en dos días. No ha de acortar tal, dijo la duquesa, por hacerme placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días; que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo, pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo envidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente; que había ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volváis pronto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento. Es, pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca... Gran gusto recibían los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la

dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: Sentáos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera; y este es el cuento, y en verdad que creo no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose Don Quijote de mil colores, que, sobre lo moreno, jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho.

. . . . . .

. . . . . .

A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á

deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza, mostraba ser de fregar; seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, hermanos?, preguntó la duquesa; ¿qué es esto? ¿qué queréis hacer á este buen hombre? ¿cómo? ¿y no consideráis que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero: No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo. Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos; las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes, tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni

á tocarme un pelo de la cabeza, digo, de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así, haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: Hola, señores caballeros; vuesas mercedes dejen al maneebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros; tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No; si no lléguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisiesen, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosas que ofendan á la limpieza, que me trasquilen á cruces. A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa: Sancho Panza tiene

razón en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos, se fueron y le dejaron; el cual viéndose fuera de aquel, á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa, y dijo: De grandes señoras, grandes mercedes se esperan; ésta que vuestra merced hoy me ha hecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los días de mi vida en servir á tan alta señora; labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo; si

con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

. . . . . .

Sancho, gobernador de la ínsula Barataria.

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la jineta; detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.

Digo, pues, que con todó su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta 1.000 vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le había dado el go-

bierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.

El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenían admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, e·. sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo: es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesión desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así, ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decía esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y, como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en

aquella pared estaban. Fuéle respondido: señor, allí está escrito y notado el día en que usía tomó posesión de esta ínsula, y dice el epitafio: Hoy, á día tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman don Sancho Panza?, preguntó Sancho. A usía, respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza que el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido; Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días, yo escarde estos dones, que, por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: Señor gobernador, yo y este hombre labrador ve-

nimos ante vuestra merced en razón que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos; adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y el caballero, en su primera y dañada intención, fué añadiendo caperuzas y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas, y ahora, en este punto, acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague ó vuelva el paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas, puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me

pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varón, y así, doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no hay más.

Se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: Señor, á este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese; pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté ya me los ha vuelto; yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me

los ha vuelto; querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono, para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decís vos á esto, buen viejo del báculo?, dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó, y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se lo tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían, pero que él se los había vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvía á pedir por momentos.

Viendo lo cual, el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondía á lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque él le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que de allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por

Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo; héle aquí, señor, y púsosele en la mano; tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: Andad con Dios, que ya váis pagado. ¿Yo, señor?, respondió el viejo, ¿pues vale esa cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, ó si no soy el más porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos de oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar al viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y

que en acabando de jurar le había vuelto á pedir el báculo, le vino á la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedía; de donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios, y más que él había oído contar otro caso como aquel al cura de su lugar y que en él tenía tan gran memoria, que, á no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veintitrés años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de

naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase con sus manos limpias á manosearme. Aún eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galán, dijo Sancho, y volviéndose al hombre, le dijo qué decía y respondía á la querella de aquella mujer. El cual, todo turbado, respondió: señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía desde el lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían; volvíame á mi aldea, topé en el camino á esa buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos; paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, asió de mí y no me ha dejado hasta traerme en este puesto; dice que la forcé y miente, para el juramento que hago ó pienso hacer, y esta es la verdad, sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno de una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase así como estaba á la querellante; él lo hizo temblando; to-

móla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa: Buen hombre, id tras aquella mujer y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella; y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera; ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo: Justicia de Dios y del mundo; mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor dese desalmado, que en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme. ¿Y háosla quitado?, preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar?, respondió la mujer; antes me dejaré quitar yo la

vida que me quiten la bolsa; bonita es la niña; otros gatos me han de echar á las barbas que no este desventurado y asqueroso; tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones; antes el ánima de mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razón, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entonces el gobernador dijo á la mujer: Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no ós hicieran fuerza, andad con Dios, y mucho enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de doscientos azotes; andad luego, digo, churrillera, desvergonzada yembaidora. Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante si no le queréis perder procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió

las gracias lo peor que supo y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador.

. . . . . .

Cuenta la historia, que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante le echó la bendición, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro que hacía el oficio de maestresala, llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llevó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho, pero antes

que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzóle con tanta presteza como el de la fruta.

Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara: No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también lo mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical donde consiste la vida. Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas,

no me harán algún daño. A lo que el médico respondió: Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué?, dijo Sancho. Y el médico respondió: Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo, dice: «Omnis saturiato mala, perdicis autem pessima». Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me lo apalee, porque pc vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y al negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más que diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa merced tiene razón, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de

gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento; no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida; allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alternando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones, y unas tajaditas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estomágo y le ayuden á la digestión. Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde había estudiado. A lo que él respondió: Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado

de doctor por la Universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: Pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel y Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante, sino, voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas; y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y dénme de comer, ó si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: Correo viene del duque, mi señor; algún despacho debe traer de importancia.

Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así: A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario. Oyendo lo cual Sancho, dijo: ¿Quién es aquí mi secretario?; y uno de los que presentes estaban, respondió: Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador; abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico se fueron, y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

«A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé qué noche; conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé también por espías verdaderos, que han entrado en este lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio; abrid el ojo, y mirad quién

llega á hablaros, y no comáis de cosas que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar á diez y seis de Agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro amigo, *el duque.*»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo: Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la del hambre. También, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque, en efecto, no puedo pasar sin comer, y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas; y vos, secretario, responded al duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin

faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino, podéis encajar aún besamanos á mi señor, Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á cuento; y álcense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantos espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un paje, y dijo: Aquí está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, según él dice, de mucha importancia. Extraño caso es éste, dijo Sancho, destos negociantes; ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si

me dura el gobierno (que no durará según se me trasluce), que yo ponga en pretina á más de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mío. No, señor, respondió el paje, porque parece un alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está el doctor Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará usía satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho, y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma.

Lo primero que dijo fué: ¿Quién es aquí el señor gobernador? ¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla? Humíllome, pues, á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo luego el labrador, y luego dijo: Yo, señor, soy labrador, natural

de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos?, dijo Sancho, decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es, pues, el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo. No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho; adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar. Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcur-

nia, sino porque todos los de este linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo eso parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya, entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado; y perdoneme el señor gobernador si tan á menudo voy pintando las partes de la que al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal.

Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies á la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Quería, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegra, suplicándole sea servida de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la Naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado,

y no hay día que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus, y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de ángel, y si no es que se aporrea y da de puñaladas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Queréis otra cosa, buen hombre?, replicó Sancho. Otra cosa querría, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que, en fin, no se me ha de pudrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda del dote de mi bachiller, para ayuda de poner su casa, porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.

Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador, y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: Voto á tal, don Patán rústico y mal mirado, que si no os apartáis y escondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa, bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos

ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Vade mí, digo, si no, por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su oficio.

. . . . . .

Dejamos al gran gobernador enojado y mohino con el labrador, pintor y socarrón, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas á todos, magüera tonto, bronco rollizo, y dijo á los que con él estaban, y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duqne, había vuelto á entrar en la sala. Ahora, verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben ser, ó han de ser, de

bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, y venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazón y coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que la naturaleza les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su raela, digo, á la de los malos médicos; que la de los buenos, palmas y lauros merecen. Todos los que conocían á Sancho Panza, se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabían á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera, prometió de darle de cenar aquella

noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con gran ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó, por él tanto deseado, donde le dieren de cenar un salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en días. Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón ó gansos de Lavajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco; lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algún día; ya no se burla nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos;

vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasión han de ver maravillas: no sino hacéos miel, y comeros han moscas.

Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco, en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir á vuesa verced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagabunda, holgazana y mal entretenida, porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es

en a república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen.

Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos y, sobre todo, tener respeto á la religión y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece desto, amigos? ¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos; cada día se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche y cenó el gobernador, con licencia del señor doctor Recio. Aderezándose de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el cronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos que podía formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver, y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas;

acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñían, los cuales, viendo venir á la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: Aquí de Dios y del rey; cómo ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan á saltear en él en medio de las calles? Sosegáos hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontera, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente, juzgué más de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia; alzóse con la ganancia, y cuando esperaba que me había de dar algún escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa; yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres

no me lo enseñaron ni me lo dejaron, y el socarrón, que es más ladrón que Caco y más fullero que Andradilla, no quería darme más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que había de saber con cuántas entraba la romana.

¿Qué decís vos á esto?, preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía, y no había querido darle más de cuatro reales porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuenta con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón, como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones, que los conocen. Así es, dijo el mayordomo; vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembol-

sar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid desta ínsula, desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, los cumpláis en la otra vida, colgándoos yo de una picota ó á lo menos el verdugo, por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula, y aquél se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos, dijo el escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes; contra esos garitos de menor cuantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en las de algún oficial, donde cogen á un desdichado, de media noche abajo, y le desuellan vivo.

Ahora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: Señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás, ¿Por qué huías, hombre?, preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa merced. ¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picáis? Está bien; ¿y adónde íbades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula? Adonde sopla. Bueno; respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asidle, ¡hola!, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Por Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel?, respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando

que quisiere? Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que no?, replicó Sancho; llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesada liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mancebo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te saque y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto.

Presuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejaréis de dormir

por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir la mía?

No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues anda con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuese el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vieron dos corchetes, que traían un hombre asido, y dijeron: Señor gobernador, éste, que parece hombre, no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres linternas, á cuyas luces descubrieron el rostro de una mujer, al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas; miráronla de arriba abajo, y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar; los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga,

y en los dedos, muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecía bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podían pensar quién fuese, y los consabedores de las burlas que se habían de hacer á Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba y qué ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza, respondió: No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importa fuera en secreto; una cosa quiero que se entienda: que no soy ladrón ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto, el mayordomo dijo á Sancho: Haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora, con menos empacho, pueda decir lo que quisiere.

Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosi-

guió diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir á casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra, y más, que decís que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces á casa de vuestro padre. Yo ya había dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todas vuesas mercedes deben conocer. Aún eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo; si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual, el secretario se llegó al oído del maestresala, y le

dijo muy paso: Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, siendo tan principal, anda fuera de su casa.

No hay que dudar en eso, respondió el maestresala, y más que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que había sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vías posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que á mi madre come la tierra; en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de día, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y un hermano mío, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarme salir de casa siquiera á la iglesia, ha muchos días y meses que me trae muy desconsolada; quisiera yo ver el mundo, á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las

doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oí decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijere qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabía; pero todo esto era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdición, rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara, y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y aún las subía de punto, y las llegaba á las perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de

la tardanza que tenía la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo.

Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dijo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mío, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche debe de haber una hora poco más ó menos nos salimos de casa, y guiados por nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: Hermana, esta debe de ser la ronda; aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar; yo á menos de seis pasos caí con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de

la justicia que me trajo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijisteis, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo, que no se extendía á más que á ver las calles de este lugar; y acabó de confirmar de ser verdad lo que la doncella decía, llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno de ellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, según eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron cómo venía en aquel traje, y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana había contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas

lágrimas y suspiros; que con decir somos Fulano y Fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle.

Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbación qne he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debía, No se ha perdido nada, respondió Sancho; vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, y quizá no los habrá echado de menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina, por andar se pierden aina, y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista; no digo más. El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de volverlos á su casa, y así, se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados, así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero

todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazón, y propuso de luego otro día pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del duque; y aún á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar. Con esto se le acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

. . . . . .

Amaneció el día que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual, el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores, lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio, le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria,

cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía á las personas constituídas en mando y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno y aun al que se lo había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció, fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué: Señor, un caudaloso río, dividía dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual, de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á

qué va, y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna.

Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que por el juramento que hacía, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si á este hombre lo dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir, y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces de tal hombre, que aún hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte, diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores jueces que á mí os envían, lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo;

pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda; quizá podría ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo: A mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿El tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero, y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar. Digo yo, pues, agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en dos partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir; y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, buen hombre, respondió Sancho: este pasajero que decís, ó yo soy un perro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la

puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores que á mí os enviaron, que pues está en un fiel las razones de condenarlo ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar, y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo Don Quijote la noche antes que viniera á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el mayordomo, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado, y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, dénme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo los despabilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan dis-

creto gobernador, y más que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar los manteles, entró un correo con una carta de Don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced, merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

Carta de Don Quijote de la Mancha á Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces convie-

ne y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humanidad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo; no digo que traigas dijes ni galas, ni que, siendo juez, te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procuras que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan á entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espan-

tó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías, las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia; consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, sé coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y sé espantajo á las placeras por la misma razón. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo), codicioso, mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te dí por escrito antes que de aquí partieses á tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso á los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da

indicio que también lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy á cuento de mis narices, pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay qne me defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más, que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido que creo que me ha de poner en desgracia destos señores; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígote este latín, porque me doy á entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.—Tu amigo, *Don Quijote de la Mancha.*»

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué

celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego á su señor Don Quijote, y dijo al secretario que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

Carta de Sancho Panza á Don Quijote de la Mancha.

«La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó mi mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

Escribióme el duque, mi señor, el otro día, dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar á cuantos go-

bernadores aquí vinieren; llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este gobierno á comer caliente y á beber frío y á recrear el cuerpo entre sábanas de Holanda, sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado los del pueblo muchísimos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van á los gobiernos, no solamente en éste.

Anoche, andando de ronda, topé una muy her-

mosa doncella en traje de varón y un hermano suyo en hábito de mujer; de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno; hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüéle que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas; apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrían bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza; hánme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir á vuesa merced es que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora, la duquesa, haya escrito á mi mujer, Teresa Panza, y enviádole el presente que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho y procuraré mostrarme agradecido á su tiempo; bésele vuesa merced las manos de mi parte, di-

ciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por obra. No querría que vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores, porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo, pero imagino que debe ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero no sé qué le envíe si no es algunos cañutos de jeringas que, para con vejigas, los hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque si me dura el oficio yo buscaré que enviar en haldas ó en mangas.

Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encantadores y á mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.—

Criado de vuesa merced, *Sancho Panza,* el gobernador.»

Cerró la carta el secretario y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio, según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre, perdiese la vida en ello; moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interés; puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trajese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que

los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran «las constituciones del gran gobernador Sancho Panza».

. . . . . .

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ello anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho; el cual estando la séptima noche de

los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía.

Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no sólo no lo supo, pero añadiendo a' ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pie se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: ¡Arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto, llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oía

y veía, y cuando llegaron á él, uno le dijo: Armese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda. ¿Qué me tengo de armar?, respondió Sancho, ¿ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada destas prisas. ¡Ah, señor gobernador!, dijo otro, ¿qué relente es ese?; ármese vuesa merced, que aquí traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza y sea nuestro guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca serlo, siendo nuestro gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho; y al momento le trajeron dos paveses, que venían proveídos dellos y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guíase, y animase á todos, que siendo él su norte, su linterna y su lucero,

tendrían buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algún postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué á dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al través en la arena; y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna, antes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual, en

aquella estrechza recogido sudaba, y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caían y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decía:

Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos; aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trínchense las calles con colchones. En fin, él nombraba con todo ahínco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: ¡Oh! ¡si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían: Victoria, victoria, los enemigos van de vencida; ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pie, dijo:

El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me lo claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.

Limpiáronle, trajéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el volver en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía. Vistióse, en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podía ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo: Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de susten-

tar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y sus razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio, el doctor, y á otros muchos, dijo:

Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad; dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma; quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente que me mate de

hambre, y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas; y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho; así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en éste ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y

si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo.

Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvamos á andar por el suelo con pie llano, que si no lo adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda; cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana, y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo: Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderlo, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia; déle vuesa merced de los diez días que ha que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, si no es quien ordenara el duque, mi señor; yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde; cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.

Por Dios que tiene razón el gran Sancho, dijo

el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él; que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

Dos palabras..... 5
Refranes de Sancho Panza..... 7

Aventuras y desventuras.

Aventura de los yangüeses..... 21
Desventuras en la venta..... 29
Manteamiento de Sancho..... 36
Malicias y agudezas de Sancho Panza..... 40
Sancho Panza en casa de los Duques..... 52
Sancho, gobernador de la ínsula Barataria.... 67
Carta de Don Quijote de la Mancha á Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.... 114
Carta de Sancho á Don Quijote de la Mancha. 118

(Pídase el Catálogo Ilustrado, que se envía gratis.)

OBRAS VARIAS

OBRAS DE GRAN ACTUALIDAD

Las mujeres del Quijote, por Miguel de Cervantes Saavedra, un tomo de cerca de 300 páginas elegantemente impreso.

3 pesetas.

Refranes de Sancho, aventuras y desventuras, malicias y agudezas del escudero de Don Quijote. Un volumen de cerca de 200 páginas.

2 pesetas.

OBRAS LUJOSAS É ILUSTRADAS

CON PROFUSIÓN DE DIBUJOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS

A 2 pesetas.

SANGUÍNEAS, por Catulo Mendes; ilustraciones de Poveda (en prensa).

FABRICA DE CRÍMENES, por Paul Febal; ilustraciones de Montagud.

Los domingos de un burgués en París.
Las hermanas Rondoli.
Antón.
El señor Parent.

Estas obras están traducidas por Luis Ruiz Contreras, ilustradas por Geo Dupuis, grabados en madera por Lemoine.

A 3,50 pesetas tomo.

DIVERSIONES INFANTILES

El mejor regalo para los niños

Física recreativa. Transformación de animales.

Con papel ó cartón ejecutar figuras de movimiento y enseñar á los niños en dos lecciones á dibujar sin necesidad de maestro. Retratarse á si mismo. Construir con cerillas palacios, casas y cuantos objetos estén al alcance de los compradores del libro. Historias graciosísimas. Problemas. Figuras grotescas. Trabajos recopilados por A. López del Arco.

Páginas de música de Chapí, Chueca, Jiménez y Bretón. Dos cuentos por Pérez Zúñiga. Ilustraciones de Montagud.

¡Cerca de 500 dibujos!

Libro que enseña, deleita y nunca se olvida.

3 pesetas.

ENCICLOPEDIA DEL AMOR

CON MÁS DE 200 DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS DE LA VIDA ÍNTIMA Y PRIVADA

• SUMARIO •

El amor, la mujer y la belleza.—Las morenas, las rubias, las gruesas y las delgadas.—La mujer vestida; desnuda.—Refinamientos de la coquetería. Manifestaciones y placeres del amor en los distintos paí-

ses.—Matrimonios y sus fórmulas.—La prostitución y sus leyes. Extravíos.—Placeres.—Estetas populares.—Frases, anécdotas, pensamientos y resumen de cuanto se ha escrito acerca del amor y de la mujer.

AUTORES DE LA OBRA

Shakespeare, Catulle, Francisco I, Alberto Samain, Soumet, Vigny, Rousseau, Fontaine, Baudelaire, Pitacuss, Levis, Stendhal, Michelet, Espronceda, Rama Soutra, Alfonso Karr, Musset, Guilbert, Silvestre, Gautier, Lendos, Firenzuoli, Barel, Geneval, Sleyes, Byron, Lermina, Rostand, Bécquer, Campoamor, Lombroso, Lubrum, Saffo, Witkowski, Bartel Leudet, Granier, Rohan, Grellety, Simón, Beaurepaire, Victor Hugo, Catarineu, Curros-Enriquez, Manuel Paso, López del Arco y Moreno de la Tejera.

Contiene pensamientos, articulos, versos, etc. del amor, del vicio y de la mujer. Precio: 5 pesetas.

FISICA DEL AMOR, de Remy de Gourmont.

SUMARIO: Objeto de la vida.—Escala de sexos.—Dimorfismo sexual.—Organo del Amor.—Mecanismo del amor.—Preparación sexual.—Poligamia.—Problemas de las aberraciones.—Instinto.—La tiranía del sistema nervioso. Versión de Luis Ruiz Contreras.

Un grueso volumen con elegante cubrierta el cromo 3,50 pesetas.

LA VIDA ALEGRE EN MADRID

SUMARIO: Semblanzas de mujeres conocidas.—La vida alegre.—Fornos.—Lenocinio en Madrid.—La trata de blancas.—Sacerdotisas del amor.—Madrid de noche.—Amores lésbicos. Un grueso volumen de cerca de 200 páginas, apaisado, elegantemente impreso. Precio, 3 pesetas.

CÓMO CAEN LAS MUJERES

Interesantísima antología del amor, formada recopilando los pasajes más notables de las novelas de Balzac, Muger, Zola, Daudet, Flaubert, Prevots, Gautier, Maupassant, Mirbeau, Pérez Galdós, Valera, Blasco Ibáñez y otros; un grueso volumen elegantemente impreso, 3,50 pesetas.

LA HERMETICA, por Rachilde, versión de Luis Ruiz Contreras; un volumen elegantemente impreso, 3,50 pesetas.

HISTORIA DE DOCE TIMOS, por Ramiro Blanco; con ilustraciones, 2 pesetas.

EL INFIERNO RESTAURADO POR LA IGLESIA (Cristo y el clero), por el Conde León Tolstoi, 1 peseta.

LA SANTA BIBLIA, por Ramón Chíes, dos gruesos volúmenes, 3,50 pesetas los dos tomos.

EL OLMO DEL PASEO por Anatolio France, 3,50 pesetas

Aventuras del baroncito de Foblas.

260 ediciones publicadas en francés.

Cubiertas en colores.

PRIMER TOMO

HORAS SEXUALES.—Un volumen de más de 350 páginas, á 1,50 ptas.

SEGUNDO TOMO

CASTIDAD VENCIDA.—Un volumen de cerca de 350 páginas, á 1,50 pesetas.

TERCER TOMO

CARNE DE PLACER.—Un volumen de más de 200 páginas, á una pta.

TOTUM REVOLUTUM (prosa y verso) (ilustrado), por A. López de del Arco; prólogo de Carlos Frontaura, á 2,50 pesetas.

ALBUM DE LAS PECADORAS (con fotografías), 0,75 ptas.

LA ALEGRÍA DE LA HUERTA (novela), por García Alvarez.

---

250 FÓRMULAS DE FRITO, á una peseta.

250 FÓRMULAS DE POSTRES HELADOS Y BUDINES, á una peseta.

COCINA (en forma de Diccionario para mayor facilidad), por Angel Muro, dos tomos ilustrados con cromos, 20 pesetas.

GUIA PRACTICA DE LA COCINA MODERNA.—Un volumen de cerca de 1.500 páginas y profusión de grabados, á 7 pesetas.

LA PROPIEDAD, por Thiers, un volumen de cerca de 400 páginas, 2 pesetas.

EL CONTRATO SOCIAL, por J. J. Rousseau, un volumen de más de 200 páginas, 1,50 ptas.

COSMOPOLITA, cinco cuadernos, á 0,40 ptas. cada uno.

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

CUBIERTAS AL CROMO

A una peseta.

PARA LEER EN EL CONVENTO, por Catulo Mendes.
CANTAR DE LOS CANTARES, por E. Renán.
CONTRATO DEL DIABLO, por Arsenio Houssaye.
PLACERES DE DOS SOLTERAS, por un autor de moda.
LA CAMA ENCANTADA, por Catulo Mendes.
SOR MARIA DE LAS NIEVES, por A. López del Arco.
LOS CAROLINOS, por Verner-Von Hiedenstam.
UN PRECIOSO TESTAMENTO, por Rider Haggard.
¡POBRE LUCILA! por Wilkirie Collins.
LA FORTUNA DE DORIS, por Florencio Warden.
EL HUEVO DE COLON, por Sinesio Delgado.
AMOR QUE RIE Y AMOR QUE LLORA, por Catulo Mendes.
BOCETOS LITERARIOS, por A. López del Arco; prólogo de A. Sánchez Pérez.
SIN PIES NI CABEZA, por Juan Pérez Zúñiga.
CUENTOS FANTÁSTICOS, por Hoffmann.
ARTE DE AMAR, por Ovidio.
LA MUERTA (novela), por Octavio Feuillet; un volumen de más de 200 páginas, una peseta.
HISTORIA DE GARIBALDI, por Alejandro Lerroux; un volumen de más de 250 páginas, una peseta.
MISTERIOS DEL MUNDO (boceto de novela filosófica), por E. Barriobero, 1 peseta.
DESDE EL ARROYO, por Eduardo Zamacois, un volumen de más de 200 páginas, 1 peseta.

A dos pesetas.

EL FAMOSO COLIRÓN (novela), por José Juan Cadenas.
MEMORIAS DE UN JESUITA, por el R. P. Sarmiento.

OCTAVO PECADO CAPITAL, por Arsenio Houssaye.
TENTACIONES DE SAN ANTONIO, por G. Flaubert.
EL GOBERNADOR DE R..., por López del Arco.
VIRGENES Y COCOTTES, por Emilio Zola y Catulo Mendes.
ARTICULOS DE FANTASÍA, por S. Delgado, ilustraciones de Cilla y Mecachis.
CUENTOS NACIONALES, por Angel R. Chaves.
LOS HIJOS DEL TRUENO, por A. R. López del Arco.
PARA LEER EN LA CAMA, por Catulo Mendes y Maupassant.
VICIO AMOROSO, por Guy de Maupassant.
CANCER SOCIAL (novela), por A. López del Arco.

A tres pesetas.

SIGLO PASADO, por Leopoldo Alas (*Clarín*), última producción del eminente crítico.
LA CORTE DE LOS FELIPES, por Angel R. Chaves.
MUJERES DE TEATRO (Vida Alegre), ilustradas con profusión de fotografías, intimidades de la vida privada de estas mujeres, seis cuadernos á 50 céntimos cada uno.
CARTAS DE AMOR (ilustrada), por Marcel Prevost.
LAS RAMERAS DE SALÓN (deshonra y vicios sociales), por Sánchez Señá.
LA MANCEBA (Deshonra y vicios sociales) (novela), por Sánchez Señá.

BIBLIOTECAS QUE PUBLICA ESTA CASA

OBRAS DE AUTORES CÉLEBRES

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

Con elegantes cubiertas al cromo.

Traducciones esmeradísimas de Rodriguez Chaves, Cadenas, Valle Inclán, Carlos Miranda y otros.

(Pídase catálogo ilustrado que se envía gratis.)

A 75 céntimos.

I.—NOCHE DE AMOR, por Emilio Zola.
II.—IMITACIONES, por el conde León Tolstoi.
III.—ADULTERIO, por Adolfo Belot.
IV.—LA MUJER DEL DIPUTADO, por Emilio Zola.

V.—EL TITIRITERO DE LA VIRGEN, por Anatolio France.
VI.—DOS QUERIDAS, por Alfredo Musset.
VII.—MISTERIOS DEL AMOR, por Enrique Sienkiewicz, autor de *Quo vadis?*
VIII.—AMORES ADÚLTEROS, por Daudet, Zola, Maupassant, Coppée, Catulo Mendes, Sudermmann, Pain, Karr y otros.
IX.—DOS AVENTURAS, por el conde León Tolstoi.
X.—MISERIAS DE LA VIDA CONYUGAL, por H. Balzac.
XI.—LOS PECADOS DE LA JUVENTUD, por E. Souvestre.
XII.—LA SEÑORITA DE ORO, por Catulo Mendes.
XIII.—LA VIRTUD EN LA DESHONRA, por Catulo Mendes.
XIV.—LA PEQUEÑA EMPERATRIZ, por Catulo Mendes.
XV.—A ORILLAS DEL MAR, por Emilio Zola.
XVI.—MADRE Y CELESTINA, por Guy de Maupassant.
XVII.—RETRATOS DEL NATURAL, por Hoffmann.

BIBLIOTECA AMOROSA

(COLECCIÓN BEBÉ)

Con dibujos y fotografías de nuestros mejores artistas.

A 75 céntimos.

I.—**En busca de una mujer,** por Teófilo Gautier; ilustraciones de Mota.
II.—**Cosas de mi tierra,** por Arturo Reyes; dibujos de Mota y Cilla; fotografías de varios.
III.—**La vida en broma,** por Luis Taboada; ilustraciones de Huertas, Cilla, Mecachis, Arverás, Poveda, Verdugo, Montagud y otros.
IV.—**La divisa verde** (novela), por José Zahonero; ilustraciones de M. Soler; fotografías de varios.
V.—**La muñeca,** por José Francos Rodríguez; ilustraciones de Montagud.
VI.—**La última lucha** (novela), por Alfonso Pérez Nieva; ilustraciones de Montagud.
VII.—**Las coquetas** (novela), por Gabriel Merino; ilustraciones de Poveda.

BIBLIOTECA FESTIVA

CON ELEGANTES CUBIERTAS AL CROMO

TOMOS DE MAS DE 200 PAGINAS

A una peseta.

I.—LOS RATAS, por Julián Castellanos (c).
II.—EN CARNE VIVA, por Conde Salazar, Zahonero y López Bago.
III.—EL AMOR SIN VELOS (c), por Manuel Valcárcel.
IV.—SI TE PICA... RASCATE (c), colección de cuentos alegres, por autores de buen humor.
V.—¡QUE COLEAN! ¡QUE COLEAN! por Tirante, Alegria y otros.
VI.—¡VIVITOS Y COLEANDO! (c), coleccionados por E. Lustoné.
VII.—MOSTACILLA Y PIMIENTA (c), cuentos verdes, de Boccacio.
VIII.—¡ACABADITOS DE COGER! (c), por lo mejor de nuestro Parnaso.
IX.—LA PICARA CORNELIA (c), por José de Siles.
X.—EL BARÓN DE CHICHA Y NABO (c), por José de Siles.
XI.—LA POLLA DE FRAY ESTEBAN (c), por José de Siles.
XII.—EL PRIMER POLVO, por Tirante al blanco.
XIII.—NO MASCAR AJOS (c), por Tirante al blanco.
XIV.—CARAMELOS DE MENTA (c), cuentos alegres, por Juan Bubre.
XV.—¿PICAN... PICAN? (c), por Tirante, Amor Meilan y otros.
XVI.—HISTORIAS SIN CAMISA (c) (cuentos crudos), por nuestros mejores literatos.
XVII.—SEÑORITAS FACILES (c), por Arsenio Houssaye.

Los que llevan una (c) tienen cubierta al cromo.

BIBLIOTECA PRIVADA

(FOLLETOS DE UTILIDAD)

FUROR DE AMOR, por Argimiro Blay.
CORTESANAS, SODOMITAS Y EUNUCOS, por Argimiro Blay.
PLACERES DESCONOCIDOS, por el Dr. Moorne.
MISTERIOS DEL MATRIMONIO (consejos á las solteras para contraer matrimonio pronto y bien).
LA FIEBRE DE LOS PLACERES, por el Dr. Moorne.

OBRAS POR CUADERNOS

CON PRECIOSOS CROMOS

INTERCALADOS EN EL TEXTO

A 25 céntimos.

LA CARA DE DIOS, par R. Valle Inclán, la obra completa, 7,50 pesetas un volumen.

LA MARSELLESA (novela histórica), por Julián Castellanos y Velasco, dos volúmenes. La obra completa, 20 pesetas.

BIBLIOTECA VERDE

De los mejores autores españoles y extranjeros.

(CUBIERTAS AL CROMO)

A 60 céntimos tomo.

PUBLICADOS

I.—MANOJO DE CUENTOS MUY VERDES (cuentos), por A. López del Arco.

II.—AVENTURAS DE UNA QUERIDA ABANDONADA (cuentos), por Houssaye y Catulo Mendes.

III.—CARA - AJADA (novela), por la Condesa de Agramonte.

IV.—UN MARIDO PARA LAS SIESTAS (novela), por Vicente Moreno de la Tejera.

V.—¡NO FORNICAR! (decálogo-novela), por H. Benotti.

VI.—¡POR EL PAN! (novela), por E. Sienkievicz.

VII.—LAS VIRGENES (novela), por Gabriel D'Annunzio.

VIII.—LAS MUJERES QUE TIRAN (novela) (mosquetazos), por Athos.

IX.—PAÑOS... CALIENTES (mosquetazos), A-ramis.

X.—BUSCANDO EL CHISME (novela), por Juan Pascual.

Obras de venta en esta administración.

SANTA (novela), por Federico Gamboa; precio, 2,50 ptas.

LEGISLACIÓN VIGENTE, sobre la construcción de Escuelas, por Froilán Rodríguez G. de Maquiyae.

TEATRO SELECTO DE DON RAMON DE LA CRUZ.—Colección de sus mejores sainetes, ilustrada con 40 acuarelas, por M. Cubas, y biografía del inmortal sainetero, por Roque Barcia; 6 ptas.

GALERIA HISTORICA DE MUJERES CELEBRES, por Emilio Castelar; ocho tomos, á 5 ptas. uno. El tomo I con retrato y pensamiento autógrafo del autor.

GRAN COLECCION DE JUEGOS DE PRENDAS, de sociedad ó de tertulia (juegos de salón, jardín, campo, bosque y pradera; de movimiento, atención, memoria, atraque ó chanza, malicia ó broma, galantería, imaginación, instrucción y recreo; inventiva, casualidad, oportunidad, rompecabezas ó cuestiones de corro y ronda, adornado con charadas de adivinanza y acción, penitencia, despropósitos, y con un completo catálogo de distracciones útiles y otra porción de pasatiempos); 2 ptas.

MONOGRAFIAS AGRÍCOLAS.—Plantas forrajeras, por Rallo Campuzano, 1 pta.

TRATADO DEL CULTIVO Y BENEFICIO DEL TABACO, por Rallo Campuzano, 2 ptas.

NOCIONES DE HISTORIA DE CUBA, 4 pesetas.

AL AIRE LIBRE (novela), por José Hornos, 2 ptas.

GERMAN PRIMERO (novela), por Alfonso Benito Alfeor, 1 pta.

¡SIN MADRE! (novela), por Alfonso Sawa un grueso volumen elegantemente impreso, 2 ptas.

Pídase el Catálogo ilustrado que se envía gratis.